

LA U.R.S.S. FRENTE A LOS SATELITES

«El nacional-comunismo es, en sí mismo, una contradicción—escribe Milovan Djilas en su libro *The New Class*—. Su naturaleza es la misma que la del comunismo soviético, pero anhela destacarse a sí mismo en algo que sea propio, nacional. En realidad, nacional-comunismo es comunismo en decadencia.»

La definición es justa. Nacional-comunismo significa comunismo en decadencia. Afirma Djilas, también, que el comunismo es un totalitarismo, un despotismo moderno que no podrá nunca evolucionar hacia fórmulas más democráticas o liberales, sin poner en peligro su misma existencia. Más allá del stalinismo, por consiguiente, no existe salvación para la nueva clase, o sea para los que constituyen, según Djilas, la minoría más poderosa y despótica que ha conocido la historia. Resulta evidente, pues, que la desestalinización es un engaño, y que, si el Gobierno soviético permite la existencia de Gomulka y de Tito, es que no puede obrar de otra manera. La desestalinización la está haciendo la historia, en contra de la voluntad de Krushev y de sus colegas. Cada paso hacia una amplia realización del nacional-comunismo, desde la China y el Viet Minh, hasta Hungría, Rumanía o Polonia, será dado en contra de la voluntad de Moscú y será permitido a regañadientes, como ocurrió en Polonia, o será reprimido con la más despiadada violencia, como ocurrió en Hungría. El proceso de la descomposición ha comenzado y no será el «camarada» Krushev el superhombre capaz de detenerlo. El ideal político de Krushev sigue siendo Stalin, después de lo ocurrido en Polonia y Hungría y sus palabras pronunciadas el día 1 de enero de 1957 no dejan ningún lugar a dudas: «Stalin aplastaba a sus enemigos. Personalmente, he crecido bajo Stalin. Podemos estar orgullosos por haber cooperado en la lucha en contra de nuestros enemigos y para el progreso de nuestra gran causa. Bajo este punto de vista, estoy orgulloso de que seamos stalinistas.» Sin embargo, el famoso informe presentado por el mismo Krushev durante las sesiones del XX Congreso del partido comunista, en abril de 1956, era muy dife-

rente. Pero entre abril de 1956 y enero de 1957 han estallado las rebeliones de Polonia y Hungría, lo que ha hecho ver a Krushev que el imperio comunista no puede mantenerse fuera de los métodos stalinistas. Lo malo es que la historia no permite saltos hacia atrás y que, por consiguiente, Krushev se encuentra hoy en la difícil posición dialéctica del asno de Buridan: volver al stalinismo implica provocar a los pueblos, al pueblo ruso incluso, e incitar a los oprimidos a una rebelión general; desestalinizarse, o sea otorgar más libertades a los pueblos cautivos y fabricar más bienes de consumo para los pueblos hambrientos, implica apoyar *ipso facto* las tendencias hacia el nacional-comunismo, lo que significa la desintegración del imperio comunista dentro de un plazo que puede ser muy corto. De aquí los continuos titubeos del Gobierno de Moscú y su violencia de lenguaje. De aquí también, su necesidad de encontrar una fórmula de salvación en la política exterior y la virulencia de una ofensiva en el Oriente Medio. De aquí, también, su ofensiva naval, que poco quiere decir desde el punto de vista militar y mucho desde el punto de vista político. En la mala encrucijada en la que se encuentran, los rusos pueden, incluso, provocar el estallido de una guerra, estando seguros de que no existe otra solución para ellos. El Gobierno comunista no reacciona de manera racional, y siendo él mismo víctima de su propia propaganda, es capaz de desencadenar una guerra, fatal para él, sólo porque está irracionalmente convencido, igual que los nacional-socialistas, de la fatalidad histórica de su victoria final. A través de las actuales dificultades esta victoria final aparecerá como más necesaria que nunca, aunque, ante una mente racional, dicha victoria no ha sido nunca menos probable que hoy.

De cualquier modo, un hecho aparece como evidente: la derrota del comunismo—y en esto su situación es distinta de la del fascismo y del nacional-socialismo—no será provocada desde fuera, o sea por una guerra perdida, sino desde dentro. El retorno al stalinismo no hará más que precipitar la crisis en el interior mismo del pueblo ruso. Un argumento a favor de esta tesis es la reciente aparición de dos libros (*No sólo de pan vive el hombre* por Vladimir Dudincev y *La nueva clase* por Milovan Djilas) en cuyas páginas aparece evidente el descontento de la gente ante un gobierno reaccionario. A estos libros sucederá la rebelión. A la situación interna de la U. R. R. S. dedicaremos próximamente una crónica especial. En esta nos ocuparemos de la situación de los países mal llamados «satélites» y de sus actuales relaciones con la U. R. R. S..

En Rumanía.—Los tres países tradicionalmente antirusos, dentro del bloque de los actuales «satélites», son Rumanía, Polonia y Hungría. Rumanía y

Polonia porque han tenido siempre a los rusos por vecinos y han hecho siempre malos experimentos con el «Drang nach Westen» de Petrogrado o de Moscú; Hungría porque fueron las tropas rusas las que sofocaron en sangre el levantamiento húngaro a mediados del siglo pasado, cuando las tropas del zar acudieron en ayuda del emperador de Viena y porque fué Budapest el primer centro europeo del comunismo, en 1919, cuando las matanzas de Bela Khun eran el eco de las órdenes recibidas desde Moscú. Los demás satélites son tradicionalmente filorusos. Checoslovaquia porque fué de allí de donde brotó el movimiento paneslavista, Yugoslavia porque tuvo en Rusia un aliado en contra de los turcos, aunque fué siempre una alianza platónica y Bulgaria por el mismo motivo, acentuado en el siglo pasado, por la comunidad religiosa y por el hecho de que los rusos aparecieron siempre a los búlgaros como sus hermanos mayores. Hoy en día puede decirse que sólo Praga (decimos Praga para separar a los eslovacos de sus hermanos checos, ya que los católicos eslovacos son hoy tan anticomunistas como los rumanos o los polacos) ha conservado algo de sus antiguos sentimientos ante Rusia. Bohemia es el único sitio, dentro del campo comunista, donde los rusos no han perdido del todo el prestigio.

Rumanía es, según un periodista suizo que publicó en el periódico *L'Illustration* un interesante reportaje sobre la República popular rumana, el país más perseguido por Moscú, es decir, el país donde peor se vive dentro del marco de miseria general que es hoy la característica general del bloque comunista. Es también Rumanía el país donde hay más tropas soviéticas y donde el pueblo nota con más severidad el peso de la policía. Los motivos de esta presión especial son múltiples. En primer término, Rumanía es el único país latino situado más allá del telón de acero. En segundo lugar, los rumanos han considerado siempre a los rusos como a sus máximos enemigos y han hecho una política y una cultura prooccidentales. En tercer lugar, Rumanía ha sido siempre el tropiezo principal ante el avance ruso hacia Constantinopla y los mares del Sur. En cuarto lugar, Rumanía ha luchado con heroísmo, durante la última guerra, al lado de los alemanes, considerando su campaña en Rusia como una cruzada anti-comunista. En quinto lugar, en fin, la posición geográfica de Rumanía permite a los rusos, una vez ocupado este país, controlar a los demás satélites, con los que Rumanía tiene frontera común. En efecto, Rumanía colinda con Bulgaria, Yugoslavia, Checoslovaquia y Polonia. Con estos dos últimos la comunicación ha sido cortada por Rusia, que se ha adjudicado, después de la Segunda Guerra Mundial, la Bucovina del Norte y la Ucrania sub-

carpática; pero los rumanos siguen, a pesar de esta mutilación, considerándose vecinos y amigos de los polacos y de los eslovacos.

Esta situación de Rumanía, histórica y geográfica (a la que hay que añadir la situación económica de este país, el cual posee los más ricos yacimientos de petróleo y de uranio de Europa), explica el por qué de la situación política. En Rumanía nadie ha esbozado jamás ningún gesto antiestalinista, ni siquiera después del XX Congreso del partido comunista y las declaraciones de Kruschev. El Gobierno ha sufrido recientemente algunas modificaciones sin importancia, pero la vieja Guardia stalinista, encabezada por Gheorghiu Dej, sigue en el poder y nadie piensa rehabilitar al «titoista» Patrascanu, liquidado junto con Rajk en el momento en que la U. R. S. S. rompió con Tito. Tampoco las protestas literarias en contra del realismo socialista han sido permitidas, y el único escritor que se ha atrevido a criticar la censura del partido en este sentido y la obligación de escribir según las normas ha sido Alejandro Jar, el cual ha desaparecido después de haber formulado sus críticas. El mismo concepto de comunismo nacional no ha sido mencionado por la Prensa sino para criticarlo, en ocasión de la reciente polémica entre Moscú y Belgrado.

La única novedad sensacional en Rumania ha sido la proclamada por el presidente del Consejo, Chivu Stoica, el 23 de marzo, ante la Asamblea nacional. Contradiciendo con sus palabras todo lo que se había dicho anteriormente, Stoica declaró: «Nuestro Gobierno desea desarrollar sus relaciones económicas y culturales con Francia e Italia, países con los cuales estamos vinculados por tradiciones de amistad y colaboración, como también con los demás pueblos de origen latino de Europa y América del Sur, con los cuales estamos vinculados por un tesoro común de cultura, costumbres y tradiciones.» En un artículo publicado por el semanario *Contemporarul*, el académico Iordan invitaba a los intelectuales a acercarse otra vez a las culturas italiana y francesa, «cuyos idiomas ha podido ser tan fácilmente asimilados por nosotros», y, dirigiéndose a los estudiantes, les recomendaba el estudio de la lengua española. Por primera vez desde que los comunistas están en el poder, se menciona la comunidad racial y lingüística con los demás pueblos latinos, para dar a la gente la impresión de que el país ha entrado en una era de libertad. Pero el Gobierno sigue en su decisión de mantener cerrados los Institutos de cultura italiano y francés, como además, el inglés y el alemán. Cómo van a estudiar los rumanos todos estos idiomas, sin libros de texto (está prohibida la importación

de libros desde Occidente, con la excepción de los libros debidos a la pluma de los escritores comunistas) y sin profesores, es difícil saberlo.

En lo que a la colectivización se refiere, el Gobierno reafirmó hace poco su decisión de seguir adelante en el proceso de la colectivización. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos del Gobierno, la colectivización no ha hecho grandes progresos en un país en el que el campesino está profundamente vinculado a la propiedad de su tierra. En efecto, sólo el 9 por 100 del terreno cultivable pertenece a los koljoses. La producción agrícola en general es más floja que antes de la guerra. En 1955 Rumania ha producido siete millones de toneladas en cereales, mientras producía más de doce millones en 1938. El 6 de junio de 1957 el presidente del Consejo dió a conocer la cantidad de mercancías de la U. R. S. S. se dignaba conceder a la República popular rumana, entre ellas 345.000 toneladas de cereales. Antes de la guerra, Rumania era uno de los grandes exportadores de trigo en el mercado mundial.

La vida política no ha registrado ningún cambio. Los jefes de la oposición y cualquier otro opositor en general siguen en las cárceles y la atmósfera es tan tensa como hace diez años. Los observadores extranjeros dan cuenta del odio cada vez más profundo del pueblo rumano para con los rusos y los comunistas locales, transformados en una casta que ha perdido cualquier contacto con el pueblo. Igual que los manchurianos, bajo el reinado de la dinastía manchú en China, los rusos y los comunistas viven en barrios aislados, vigilados por la policía y gozando de privilegios económicos. Resulta difícil comprender las metas políticas de la U. R. S. S. con respecto a los satélites, si no se tiene en cuenta la teoría de Djilas. Las medidas tomadas por los rusos parecen cada vez más absurdas y no hacen sino aumentar el odio de los pueblos. La rebelión de Budapest no fué más que un síntoma. Pero si se tiene en cuenta el hecho de que la misma U. R. S. S. está gobernada por una «nueva clase», cuya única preocupación es la de mantenerse en el poder para seguir disfrutando de sus inmensos privilegios, todo se explica perfectamente. Ninguna otra clase privilegiada, dice Djilas, ha sido jamás tan odiada, como esta «nueva clase» comunista, tanto por los rusos como por los demás pueblos oprimidos.

En Polonia.—El levantamiento de Poznan puso de relieve un hecho característico para la mentalidad comunista del pueblo polaco con respecto al comunismo y a sus representantes oficiales. «Los acontecimientos de Poznan nos han sorprendido a todos», declaró Ochab, y esto era verdad. La fuerza del partido se apoyaba en las organizaciones de masas. En Poznan el

partido contaba con 20.000 miembros y la Asociación de la juventud contaba también con varios miles de inscritos. Cuando estalló la rebelión todos estos inscritos salieron a la calle, pero no para apoyar al Gobierno, sino para fraternizar con los insurrectos. Los antiguos sentimientos antirrusos de los polacos brotaron otra vez desde las profundidades, en aquellos días memorables. Y sobre esta unidad de sentimientos pudo apoyarse Gomulka para mantenerse firme ante los gritos de Kruschev. Polonia se transformó en una nueva Yugoslavia y eligió el camino del nacional-comunismo, sin ser por esto un país esencialmente comunista. El nacional-comunismo es un comunismo en decadencia. Los polacos apoyan a Gomulka no porque ven en él al verdadero intérprete de la doctrina marxista, sin la cual no podrían vivir los polacos, sino porque representa, *por el momento*, la idea de la independencia nacional ante el imperialismo soviético. La situación en Polonia aparece, pues, como algo provisional. El nacional-comunismo es una contradicción de términos. Polonia seguirá apoyándose en Moscú igual que antes, porque su sistema y su posición no le permite vivir de otra manera, o dejará de ser comunista para pasar al campo occidental. Los rusos se dan cuenta del peligro y tratan de fomentar disturbios, a través del grupo de los antiguos stalinianos dirigidos por Natolin, para hacer intervenir a sus tropas y *restablecer el orden*, según la vieja fórmula imperialista.

El ambiente intelectual deja libre curso a su simpatía para con el Occidente. Los periódicos ensalzan las libertades de expresión, características de los regímenes capitalistas, y atacan a menudo a Rusia y a sus dirigentes. Los teatros que estrenan obras soviéticas se quedan vacíos, mientras los que representan obras occidentales, sobre todo norteamericanas, se llenan hasta lo inverosímil. Es difícil decir cuánto podrá durar esta situación, pero es probable que la U. R. S. S. hará todo lo posible para poner término a esta manifestación heterodoxa. Desgraciadamente para la U. R. S. S., la única solución a su alcance es la repetición de la táctica practicada en Hungría.

En Hungría.—El 15 de marzo pasado, el jefe del Gobierno húngaro, Janos Kadar, emprendía su viaje a Moscú para declarar, en todos sus discursos, que Hungría está completamente integrada en el sistema comunista, que es obediente a las órdenes de Moscú y que su vida depende de la amistad con el pueblo soviético. El 25 de marzo, el ministro del interior, Marosan, declaró: «Las tropas soviéticas se quedarán en Hungría tanto como las tropas norteamericanas en Alemania.» Los monumentos soviéticos, entre ellos la estatua de Stalin en Budapest, volverán a ser erigidos o reparados. El 27 de mayo el mariscal Jukov y el ministro Gromyko visitaron Budapest

para firmar un nuevo Acuerdo sobre la estancia de las tropas rusas en Hungría. Estas tropas ascienden, según datos oficiales, a 200.000 hombres. «La represión se intensifica», reza una declaración gubernamental. Esto quiere decir que Hungría seguirá bajo el régimen del terror.

Esto lo demuestra claramente el hecho de que la policía política, aniquilada por los rebeldes (la famosa AVO), vuelve a aparecer bajo el nombre de «Rosztaly» (sección del orden). Su jefe es el general Dekany, yerno de Rakosi. La nueva política depende del Ministerio del Interior, dirigido por Geza Revesz, ciudadano soviético (igual que Togliatti), defensor de la política staliniana y protector de los stalinistas húngaros, que ocupan poco a poco todos los puestos llave del país. Desde septiembre de 1957 la enseñanza del idioma ruso vuelve a ser obligatoria. El Gobierno vuelve a proteger la colectivización y los koljoses y toma medidas para que su número sea aumentado.

Como se ve, a pesar de las revelaciones antiestalinistas de Kruschev, durante el XX Congreso, y después de la oleada de rebeldía provocada por estas declaraciones, la situación no ha cambiado. O ha cambiado en el sentido de que los principios del despotismo stalinista están, más que nunca, en pleno auge. El comunismo es despótico, o deja de existir, según lo que afirma Djilas en su libro.

En Bulgaria.—El equipo stalinista sigue, aquí también, en el poder. Elementos de la organización básica del partido comunista han sido eliminados recientemente «por no haber asegurado una buena ejecución de las tareas a ellos encomendadas por el partido», según reza en un comunicado oficial. Tampoco hubo cambios en las relaciones con Moscú. El secretario del partido comunista búlgaro declaraba lo siguiente, hace pocos meses, para acentuar la posición de fidelidad de los comunistas búlgaros con respecto a la nación guía: «Al lado del partido comunista soviético, siempre y en cualquier circunstancia, al lado del partido comunista soviético: tal es la convicción profunda y la voluntad inquebrantable de nuestro partido entero y de cada comunista búlgaro en particular.»

Para poner aún más de relieve su fidelidad, el órgano comunista de Sofía, *Rabotnichesko Delo*, escribía lo siguiente, al comentar lo ocurrido en Polonia: «En Polonia, ciertos chupatintas salidos de los ambientes intelectuales burgueses, disfrazando su fisonomía antimarxista bajo el rótulo del socialismo, han sobrepasado la medida. Ellos no se avergonzaron en hablar de igualdad entre el «stalinismo» por ellos inventado y... el fascismo, y fabricaron el eslogan *Lucha en contra del stalinismo y del fascismo.*»

Y más adelante: «El verdadero fin perseguido por el «comunismo nacional» es el desarme ideológico de los partidos comunistas obreros.»

La misma actitud puede ser observada con respecto a Yugoslavia, y el *revisionismo* de Tito es atacado con dureza. Los búlgaros han sido siempre «ortodoxos».

A pesar de estas declaraciones oficiales, el pueblo búlgaro se aleja cada vez más tanto del comunismo como, lo que es más grave, de sus antiguos sentimientos filorrusos.

En Checoslovaquia.—Después de la rehabilitación de Bajk en Hungría, todo el mundo esperó la rehabilitación de su colega checoslovaco, Slansky, liquidado como «titista» en el mismo período que Rajk y Patrascanu. Pero Slansky no fué rehabilitado. No sólo la desestalinización no se produjo, sino que, al contrario, el presidente Sirocky declaró que «graves violaciones de la legalidad socialista» se habían producido entre 1949 y 1952 y que responsables de esto habían sido Slansky y sus cómplices.

Esta rigidez produjo cierto malestar en la opinión pública. La Asociación de los escritores se reunió en mayo de 1956 y eliminó de su Comité director a los principales escritores conocidos por su actitud stalinista. La repercusión fué grande en los ambientes universitarios. El 10 de mayo se reunieron los representantes de la Asociación de los Estudiantes de la Escuela Politécnica de la Universidad de Praga y votaron una resolución, que luego fué enviada a todas las Universidades del país, en la que se pedía el aumento de las becas, la mejora de las condiciones de alojamiento, la libre importación de periódicos y libros desde todos los países del mundo, la posibilidad de viajar a todos los países extranjeros sin tener en cuenta el régimen político de uno u otro país, la supresión del «brouillage» de las emisiones radiofónicas occidentales, la creación de un verdadero partido de la oposición, la amnistía para los presos políticos, la limitación de las fiestas soviéticas y de los honores tributados a la bandera soviética, la objetividad de la Prensa y la Radio. La impresión causada por la resolución de los estudiantes de Praga fué muy grande en todo el país. El Gobierno no supo cómo contestar y el 19 de mayo los estudiantes pudieron, por primera vez desde 1948, organizar su carnaval tradicional durante el cual no faltaron las críticas al régimen y los rótulos anticomunistas.

La visita de Kruschev no hubiera cambiado mucho las cosas si el secretario del partido comunista soviético no hubiese soltado uno de sus discursos característicos, cuyas consecuencias van a ser de gravedad en todo el mundo de habla comunista. Durante su reciente visita a Praga, Kruschev

dijo lo siguiente en uno de sus discursos: «Hay entre nosotros teóricos marxistas, gusanos de biblioteca faltos de experiencia vital, que creen que los altos fines del marxismo-leninismo no coinciden con la realidad en todos los sitios. Pero, ¿es que podrá hacernos daño si nos decidiéramos a añadir a la teoría marxista un pedazo de carne y uno de mantequilla? Con esto el marxismo-leninismo no podrá sino aumentar su sabor.»

Nadie podría hablar mejor para reconocer el completo fracaso del comunismo después de cuarenta años de inútiles esfuerzos, durante los cuales prometió a la gente la realización del paraíso terrenal. ¿Dónde está este paraíso, si hay que añadir un pedazo de carne y otro de mantequilla al marxismo para que sepa un poco mejor? Esto quiere decir, además, que para el secretario del partido comunista soviético, la doctrina no vale nada, o que vale sólo para los tontos gusanos de biblioteca que se agitan en Occidente. en Francia e Italia sobre todo, en lugar de ocuparse con otras cosas más prácticas como es la del aumento de la mantequilla y la carne, con el fin de que la gente siga creyendo en el marxismo. El camarada Kruschev aparece de repente como un destructor de la doctrina comunista, tan difícilmente implantada e impuesta por Stalin. Pero, si lo pensamos bien, ¿qué es lo que puede ofrecer el comunismo a la gente de todo el mundo más que una doctrina? En lo que a la carne y la mantequilla se refiere, la U. R. S. S. y sus satélites no puede competir con ningún país occidental, y si la gente deja de creer en la doctrina para ocuparse de un pobre suplemento de carne, el comunismo dejará pronto de existir como ideal, puesto que hay otras maneras mucho más eficaces que la marxista para conseguir carne y mantequilla en cantidades mayores que las que la U. R. S. S. jamás podrá ofrecer o producir. La carne y la mantequilla no constituyen la base de una religión y es como religión como el comunismo ha logrado hasta hoy disfrazar sus derrotas y conquistar secuaces, es decir, hombres y mujeres hambrientos no de alimentos materiales, sino de esperanzas en un porvenir mejor y libre para todos los pueblos de la tierra.

Es curiosa la manera como mueren las ideologías, matadas por sus mismos dirigentes, en los momentos en que la velocidad de la decadencia oscurece las mentes y trastorna los principios de la técnica cotidiana de un partido o de un imperio. La U. R. S. S. se ha transformado paradójicamente en el país destinado a salvar a sus satélites de la miseria material en la que la misma U. R. S. S. los ha hundido. La U. R. S. S., país industrial, está hoy obligado, para poder satisfacer la deuda en carne y mantequilla que ha contraído con sus «aliados», a exportar productos agrícolas en mo-

JUAN DACIO

mentos en que los mismos rusos piden un más alto nivel de vida, y a importar maquinaria y productos industriales de los países agrícolas subyugados, como Rumania, Polonia y Hungría. Si no lo hiciese, habría otros países en el mundo listos para alimentar a los satélites sin pedirle, en cambio, ninguna obediencia política e ideológica. Pero en aquel momento el Estado-guía dejaría de existir.

JUAN DACIO